

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 34. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 22 DE AGOSTO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



o es despreciable la ocasion que se ha presentado á los extranjeros que se dedican á escribir impresiones de viaje, para hablar del clima de España y de la clase de ropa que usan

en la fuerza de la canícula sus habitantes, al menos los de ciertas provincias. La repentina y notable baja de la temperatura al fin de la semana última y al principio de la presente, quizá haya dado origen á apuntes de cartera, en estos ó parecidos términos: «España, este país que, como es sabido, se halla situado en el Africa central, y del que puede prescindirse completamente para escribir la historia, ofrece en verano la particularidad de que hasta en su parte meridional hace un frio que se chupa uno los dedos, y de que, como es consiguiente, sus moradores andan envueltos en gruesos gabanes y embozados en sus capas.»

En cambio de esta observacion, que no tiene precio, diremos nosotros que la revista pasada por el emperador á la guarnicion y guardia nacional de París, se ha verificado con un tiempo magnífico, estendiéndose la línea desde las Tullerías hasta el Arco de la Estrella. No sabemos si á pesar de lo apacible del día, este espectáculo militar habrá dado frio á algunos de los mirones, sobre todo á los prusianos.

El papel de la guerra vuelve á subir, pese á las protestas de los gobiernos que mas interesados parecen en evitarla. Hay quien dice que ya huele á pólvora: nosotros, sin tener el órgano nasal tan sensible

y aguzado, nos limitaremos á transcribir lo anunciado por toda la prensa, con motivo de la breve conferencia que la reina Victoria, de paso por París, ha tenido con la emperatriz Eugenia: «Utilizad, señora,—se asegura que la dijo,—utilizad vuestra influencia con el emperador, para impedir una guerra que ha de privar de sus hijos á tantas madres.» Al propio tiempo, *La Liberté*, que hasta hace poco era defensor acérrimo de la paz, repite ahora que es absolutamente preciso acabar á cañonazos con la incertidumbre y el malestar mortales para la prosperidad de los pueblos. Conque, vayan ustedes atando cabos

Al oír el nombre del hijo del general republicano Cavaignac, uno de los jóvenes premiados en el concurso de todos los colegios de París en la Sorbona, dicho nombre fue aclamado con tal entusiasmo, que la ceremonia quedó interrumpida durante un rato. Este incidente, en cuya consecuencia el hijo de Cavaignac rehusó, por indicaciones de su madre y amigos y por convencimiento propio, recibir de manos del príncipe imperial la corona de laurel que le correspondía por sus talentos, sigue siendo objeto de animados artículos de fondo en la prensa del vecino imperio.

El bey de Túnez ha querido recaudar por sí mismo el impuesto de los olivos, prenda de los capitalistas franceses á quienes debe algunos maravedises, pero Francia le dice que no se moleste, que ella desempeñará con gusto esta penosa tarea.

Leemos que vuelve á inspirar serios temores la vida del príncipe heredero de Bélgica. Se teme que el corazon esté lastimado y que el enfermo no resista á este padecimiento.

También se ha agravado la enfermedad del conde de Bismark. Esta noticia no la tomamos de periódicos franceses, sino de periódicos prusianos, los cuales publican un aviso diciendo que los médicos han prohibido á aquel personaje toda lectura y que, por lo tanto, deben los solicitantes abstenerse de toda comunicacion con el gran canciller.

Háblase de proyectos de una Confederacion de las provincias Danubianas. Todos los pueblos se buscan, todos se unen, todos procuran engrandecerse: para Polonia no hay mas que simpatías, y ¡qué simpatías! Los meetings que debian celebrarse en Leemberg y en Cracovia para elegir una diputacion que fuese á Zurich á presenciar la inauguracion del monumento

elevado á la memoria de los polacos, han sido prohibidos por el gobierno austriaco, deseoso, dicen, de no comprometer sus relaciones con Rusia.

En los círculos diplomáticos de Lóndres se resume la situacion política de Europa, del modo siguiente:

«Desconfianza universal; tirantez universal de relaciones políticas.» No puede ser mas halagüeña la perspectiva que se presenta para el año próximo.

Han ocurrido grandes desórdenes en Monaghar (Irlanda) La autoridad ha pedido refuerzos.

Dáse como cosa definitivamente decidida la celebracion de una conferencia europea, que por iniciativa del príncipe de Gortschakoff, se reunirá en San Petersburgo el 15 de octubre. La idea de tratar del uso, ó por mejor decir, del no uso de los proyectiles explosivos, es buena, pero mucho nos tememos que su realizacion sea imposible. ¿Cómo han de evitarse las guerras, ni la aplicacion de los instrumentos destructores que exigen, mientras no se eviten las causas que las producen? En fin, como dice el vulgo, por probar nada se pierde; salvo el tiempo, añadimos nosotros.

El príncipe Alejandro Karageorgewitch, complicado, segun se anuncia, en la muerte del príncipe Miguel de Servia, ha sido preso en Pesth.

Y ya que de Servia hablamos, justo es presentarla como digna de ser envidiada por todas las potencias de Europa. Su ejército consta de 100,000 hombres, que están hoy en sus casas y no cuestan un cuarto al erario. Además, carece de deuda, y posee en el tesoro público treinta millones de duros, procedentes de economías, realizadas por el Estado.

La ciudad de Baltimore y la poblacion adyacente han sido víctimas de una espantosa catástrofe ocurrida en la tarde y noche del 24 de julio último. Una manga de agua descargó sobre ellas durante muchas horas con tal furia y en tal abundancia, que los torrentes formados arrastraron consigo árboles, casas, molinos, puentes, ganados, carros de ferro-carril, y, en una palabra, cuanto encontraron en su curso. Se calcula que pasan de ciento las personas que perecieron, habiéndose recogido ya el domingo cuarenta y tres cadáveres; la pérdida de propiedades no bajará de seis millones de pesos.

Que ustedes lo crean ó no, el general haitiano Salnave, á quien dijimos en nuestra anterior Revista que le gustaba mas presidir que imperar, medítandolo bien

ha resuelto después imperar en vez de presidir. Cuéntase que al tomar el título de emperador y para solemnizar su elevación al trono, ha fusilado, no él, pero es lo mismo, su tropa, á todos los insurrectos caídos en su poder. ¡Vaya un principio de reinado!

Trátase de establecer en París un sistema de buzones, en los cuales, al echar una carta, se recogerá un recibo de la misma, cuyo recibo se presentará automáticamente. No es sólo en París donde hace falta esta clase de seguridades.

Ha fallecido en Irlanda un cervecero llamado Benjamin Gunes, dejando más de cien millones de capital. Con la cerveza que habrá vendido este apreciable sugeto, seguramente se podría formar un río navegable.

Dícese que mientras se celebre en Roma el concilio ecuménico, se celebrará en Ginebra un congreso de racionalistas, al que serán convocados todos los protestantes de Europa y América.

La magnífica poesía de Víctor Balaguer, titulada *La Creu roja de Saboya* ha sido traducida del catalán al italiano por el célebre trágico Rossi, prendado de la lectura que de ella le hizo su autor.

Quisiéramos saber para consignarlo aquí, el nombre del pobre de quien el *Avisador* de la Corona refiere el hecho que insertamos á continuación, y que demuestra una nobleza de sentimientos que no es rara, por fortuna, en las clases humildes de nuestro pueblo. Dice, pues, el *Avisador*, que hace algunas mañanas, uno de los muchos pobres castellanos que recorren aquella población, llegó á una puerta en demanda de limosna. «Perdone, hermano (le contestó una mujer) si hoy nada podemos darle; nosotras también somos pobres.» El bueno del hombre, lejos de retirarse, echó mano á su morral, y sacando del mismo un gran pedazo de brona y un bollo de pan, se lo alargó á las pobres mujeres, que lo admitieron dando gracias á aquel que, mendigando una limosna, tuvo ocasión de socorrer á otras personas que no eran menos desgraciadas que él.

Días pasados parece que se hallaba en Cádiz el célebre escritor francés, Julio Verne, cuyas obras tan grande aceptación tienen en España.

En la semana última se puso en escena en el teatro de los jardines de Apolo, el proverbio en un acto, original y en verso, titulado *Donde las dan...* que obtuvo un éxito extraordinario. Su autora, la señorita doña Joaquina García Balmaseda siendo al final llamada con insistencia al palco escénico, se presentó y recibió nuevos aplausos.

El circo de Price ha hecho una buena adquisición, contratando al artista italiano Enrique Augusto, quien con sus variados y nuevos juegos de destreza, en que se distingue de una manera notable, logra sorprender agradablemente á la concurrencia.

Ha publicado en Granada el joven escritor don Augusto Jerez Perchet un librito con el título de *Cuentos y novelas*, en que se ven reunidos algunos trabajos de este género, que se recomiendan por su sencillez y por sus sanas tendencias. Es obra que puede ponerse sin peligro en manos de la juventud, pues como dice, con razón, su autor en las líneas que le sirven de prólogo, si no instruye ni moraliza (aunque esto último no es muy exacto) por lo menos ocupa un rato la imaginación del lector evitando que se fije en pensamientos perjudiciales.

También el fecundo y chispeante ingenio de Eusebio Blasco ha producido, con breve intervalo de tiempo, dos volúmenes que de seguro ya conoce gran parte del público. Es el uno *El libro del buen humor*, colección de poesías alegres, como lo indica su título, y de las cuales insertará El Museo alguna en uno de los próximos números. Su musa juguetona y satírica se despacha á su gusto, mostrando y zahiriendo el vicio ó riéndose de varias ridiculeces sociales.—Es el otro la novela *Una señora comprometida*, que compromete al hombre más grave á perder su seriedad durante la lectura, y que, á su modo, moraliza, haciendo ver las consecuencias de una falta, leve en su principio, pero que por la fuerza de las cosas puso á la heroína al borde del abismo. La serie de situaciones que se suceden después de aquel pecado venial, y en que lo cómico hace olvidar lo inverosímil, basta y sobra para echar á paseo el mal humor.

En el lugar correspondiente insertamos tomado de la colección del inolvidable Romea, un romance *A un Arroyo*, modelo hermosísimo de poesía descriptiva en que la naturaleza aparece pintada de mano maestra, en uno de sus cuadros más bellos y apacibles.

Entre las mejoras proyectadas para embellecer los barrios de Pozas y de Argüelles, se cuenta el rompimiento para prolongar la calle de la Princesa por el jardín del Príncipe Pio y calle de Osuna á la de Leganitos, con el fin de formar una vía recta y espaciosa hasta la plazuela de Santo Domingo, que facilite la comunicación de Madrid con los mencionados barrios. Esta obra ha dado ya principio, agregándose á ella, según parece, la formación de bellos jardines en ambos costados de la iglesia del Buen Suceso. Los referidos proyectos, unidos á otros que han de llevarse á cabo, atraerán sin duda gran número de familias á los dos barrios.

Las empresas teatrales se ocupan en organizar los cuadros de las compañías que han de trabajar en el próximo año cómico.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA MUJER Y LA FAMILIA

ANTE EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

(CONTINUACION.)

III.

Antes de entrar de lleno á considerar las condiciones de la mujer de hoy y los caracteres de nuestra vida de familia, no puedo prescindir de hacerme cargo de la injusticia con que censura á nuestro siglo y de la ligereza con que le atribuye tendencias ajenas á su espíritu verdadero, una mujer que ha escrito un libro, en otros conceptos admirable y ya conocido en España, con el título significativo de *El libro de las mujeres*. La autora, la condesa Dash, principia la introducción de sus interesantes cuadros fisiológico-psicológicos del matrimonio, lamentándose, como el ya citado Riehl, del genio innovador del siglo, asegurando que ha imaginado cambiar la condición de las mujeres, inspirándose ideas de independencia y de insurrección y queriendo hacer de ellas guerreras, políticas, controversistas, y no añade que escritoras, porque es de otros tiempos esa innovación con que su corazón y su talento simpatizan. Y porque es ella muy notable escritora, está obligada á ilustrar siempre á su sexo, en vez de preocuparle y atemorizarle, atribuyendo á todo un siglo tendencias, ya en algún país aceptadas, pero que son exclusivamente propias de genios precipitados, de cabezas enardecidas, que, desde lo alto del laboratorio de sus ideas, no se fijan en los límites del terreno práctico de las aplicaciones. Podráse con estas conceder á la mujer grandes derechos políticos; pero arrebatándole esa fuerza superior, esa influencia irresistible á que no debe ni puede renunciar la hermosa soberana del hogar doméstico.

No ocultaré, sin embargo, á la señora condesa Dash, lo expuesta que se halla con su pluma á ser guerrera y política, como es ya controversista, á pesar de su resistencia á la revolución social, cuya sola imagen la estremece de espanto. Porque la guerra no se hace sólo en los campos de batalla, ni la política tiene sólo sus luchas en el parlamento y en la prensa. En un libro sobre el matrimonio—y no aludo con esto al *Libro de las mujeres* de la apreciable condesa—pudieran muy bien verse ideas que, acogidas con espasmo por millares de lectores, alcanzarían á producir, en más ó menos tiempo, en la política de una nación, alteraciones beneficiosas ó perjudiciales, de cuyo origen no se darían cuenta tal vez ni los mismos que sintieran su impulso poderoso.

Lo que la civilización moderna pretende no es cambiar, sino modificar la condición de la mujer, favoreciéndola y favoreciendo, por tanto, á los intereses morales de la sociedad; lo que quiere el siglo no es sacar á la mujer de su terreno propio, sino *elevarla en él*, para que perciba claramente todos los puntos del peligro y esté mejor dispuesta á la lucha; á lo que aspira el verdadero genio de la época no es á arrebatarse la corona á la dulce reina del hogar, sino á ilustrarla en su trono, á rodearla, no de consejeros que la estravien, sino de baluartes de una educación superior, que vigorice las fuerzas de su espíritu, que es el espíritu de la familia.

No; yo no puedo creer, como la amable condesa, que Dios haya creado á la mujer como á las flores y los pájaros, exclusivamente para interesar al corazón y alegrar la vista. ¿Qué sería entonces de la mujer, cuyos encantos para la vista son los de su primavera, que pasa y no vuelve, y cuyos atractivos para el corazón suelen resentirse tanto de la pérdida de la primavera?... Entonces serían inútiles todos los libros dirigidos á la mujer, incluso *El libro de las mujeres*: entonces la escritora estimularía en vano á su sexo al cumplimiento de su misión verdadera, que creo alcanza á más que á querer por instinto, á perdonar por ignorancia y á resignarse por pura religión: entonces le recordaría en vano que las hijas de Eva deben al mundo una reparación inmensa por el pecado que nos legó la desgraciada madre: entonces, en fin, no se cumplirían los altos designios del Hacedor Supremo, que dijo: «No es bien que el hombre esté solo; le daré una compañera.» ¿Para qué esa compañera? ¿Sólo para alegrar y satisfacer á los sentidos ó interesar al corazón del hombre, como las flores y los pájaros y todas las maravillas de la espléndida naturaleza de que Dios le había hecho rey?... No; para ayudarle también á conocer y amar esas maravillas, para levantar hasta él su inteligencia, para estudiar con él los compromisos del deber aceptado, para luchar con él contra el peligro, para ayudarle á sostenerse en bien y no á caer en la desgracia.

Y hoy que tenemos que sufrir las consecuencias fa-

tales de la caída; hoy que los compromisos del deber aumentan y crecen además los peligros con la actividad prodigiosa del comercio de la vida humana, esa lucha incesante de intereses, con esa febril movilidad propia de una época de transición, propia de una sociedad desvelada que trabaja para el porvenir y que en armonía con sus necesidades y digna de sus maravillosos descubrimientos; hoy no podemos menos de pensar en la elevación de la mujer en su terreno propio y en el fortalecimiento de su espíritu, naturalmente débil.

Yo creo como Cousin que, ó la mujer no ha sido hecha para compañera del hombre, ó es una contradicción inicua y absurda prohibirla los conocimientos que pueden relacionarla espiritualmente con aquel de cuya suerte debe participar, y hacerla comprender al menos los trabajos y sentir los sufrimientos y las luchas en que debe consolarle y sostenerle.

Y ¿cómo se establece, cómo se desarrolla, cómo se afirma ese verdadero compañerismo engendrado por el designio sabio y previsor de la Divinidad Creadora? Por medio del amor; del amor tranquilo y santo que engrandece los corazones y que lleva consigo la amistad más desinteresada y la estimación que estrecha y embellece los lazos conyugales; de ese amor purísimo y noble que ha hecho pensar á Swedenborg en lo que sería de un alma abandonada y sola en el cielo mismo; de aquel amor «semilla de virtudes» de que habla Petrarca en su *Diálogo con San Agustín*; de aquel amor que llevó á Dante del infierno al paraíso y que le hizo exclamar alguna vez en sus dulces éxtasis: «Yo era un esclavo y tú me has dado la libertad!»; de ese amor, en fin, que debía ser siempre el padrino espiritual é invisible de la consagración augusta.

(Se continuará.)

EDUARDO BUSTILLOS.

AVENTURAS DE UN ABOLICIONISTA DEL KANSAS,

EN EL MISSOURI (ESTADOS-UNIDOS) EN 1855.

(CONCLUSION.)

VI.

LIBERTAD.

»El ministerio público había presentado contra mí otras doce actas de acusación, una por cada uno de los hombres de color encontrados conmigo cuando mi raptó. Se quería un veredicto para cada uno: el asunto de Dick no era más que un simple ensayo, y se esperaba nada menos que hacerme condenar á sesenta y cinco años de trabajos forzados, esto es, á perpetuidad.

»Felizmente, mis amigos, que habían sabido mi condena, no estaban ociosos. El 23 de julio, mirando yo á la calle por la ventana de mi encierro, vi pasar apresuradamente á un hombre en mangas de camisa, que parecía un obrero. Una mirada rápida como un relámpago que me dirigió á hurtadillas bastó para hacerme conocer un rostro amigo. Poco tiempo después vi á otro hombre rondando en torno de la prisión, y de vez en cuando levantar furtivamente los ojos hacia mí. Por su aspecto parecía un mercader, y me hizo una seña bien conocida de los Free-State-Men del Kansas. En este día había sesión en el palacio de Justicia, y como las ventanas estaban abiertas, podía yo ver lo que pasaba en la calle. De repente reconocí entre los testigos otra persona que no me era extraña y que hablaba de la prisión con un ciudadano.

»Yo dije á mis compañeros de cautiverio que acababa de ver ángeles paseándose alrededor de la cárcel. Ellos se burlaron de mí. Yo principié á hacer un lío con mi ropa, y prestando la frescura de las noches hice pedir á madama Broncon las camisas que le había dado á lavar. Sólo entonces comenzaron mis compañeros á tomar por lo serio lo que les había dicho y á querer hacer también su equipaje.

»Hacia el oscurecer, se abrió la puerta, y se presentó en la reja un joven que llevaba un saco de noche y parecía estar muy de prisa. Me dijo que había visto recientemente á mi mujer y á mi hijo, que los dos estaban sin novedad y esperaban verme antes de quince días. Al mismo tiempo, examinaba la prisión, sin dejar de hablar con el carcelero. Acababa de llamar la atención de éste sobre un medio particular de ventilación, cuando, sospechando yo alguna cosa, le observé y vi un papelito en la mano que tenía á la espalda. Tomé este papel, y el joven se retiró al punto como si nada hubiera pasado.

»Así que se cerró la puerta, los presos, cuya atención se había despertado, y que habían observado hasta los menores gestos del visitante, quisieron ver el papel. Yo leí en alta voz estas palabras: «Estad dispuesto para media noche.» Mis compañeros me observaron entonces lo desatinado de un proyecto de fuga y la imposibilidad del éxito, pero mi confianza inquebrantable los convenció, y algunos se prepararon á aprovecharse de todas las eventualidades.

«A las nueve estalló una furiosa tempestad. La lluvia caía á torrentes; todos nosotros estábamos á la ventana mirando los relámpagos, mientras que formidables truenos y los mugidos de un viento impetuoso parecían desquiciar la tierra. A eso de la media noche, se oyó un gran golpe dado en la puerta de la prision.

—¿Quién es? ¿Qué se ofrece? preguntó un carcelero.

—Venimos del condado de Andrew, y traemos un preso que quisieramos dejar aquí para mayor seguridad. Abrid, pronto.

—¿Quién es ese preso?

—Un famoso ladrón de caballos.

—Traéis la orden de arresto?

—No, pero todo está en regla.

—Yo no puedo admitir presos sin orden de arresto.

—Si no queréis, sereis causa de una desgracia; el preso es un furioso, y nos ha costado mucho trabajo capturarle. Por la mañana os traeremos todas las certificaciones necesarias.

El carcelero bajó y los dejó entrar, aunque gruñendo y jurando. Despues, volviéndose hácia el preso, le preguntó:

—Y vos, ¿qué decís á esto? ¿Creeis que se probará vuestro delito?

—No; el caballo se ha encontrado en mi poder, es cierto, pero no se podrá probar que ha sido robado.

—Pues si se ha encontrado el caballo en vuestro poder, me parece que han hecho bien en prenderos, y voy á encerraros.

Nosotros les oimos aproximarse en seguida, y nos ocultamos, ya vestidos, bajo nuestras mantas. La puerta se abrió, y vi al carcelero, al ladrón que tenia las manos atadas y á tres hombres, dos de los cuales aseguraban al preso. Este, al llegar á la reja, se negaba á pasar adelante.

—No quiero—dijo—ser encerrado con negros.

—¡Oh! respondió el carcelero, los negros están abajo.

—¿Está aquí Doy, el viejo abolicionista? preguntó uno de los hombres.

—Sí, aquí está el doctor Doy.

—Pues bien, venimos á buscarle, dijo el interpe-
lante.

—Sí, añadió uno de sus compañeros; hemos venido á entregarte un preso, pero al mismo tiempo á libertar á otro que está encerrado injustamente.

En el mismo instante, el fingido ladrón se quitó el cordel que parecia sujetarle, y que se vió transformado en un lazo corredizo. El carcelero quiso lanzarse á cerrar la puerta, pero uno de los hombres le puso una pistola al pecho, diciéndole:

—Es demasiado tarde, Mr. Brocon. Si resistís, si hacéis el mas leve ruido, sois muerto. La puerta de abajo está guardada y la cárcel rodeada de gente armada. Hemos tomado toda clase de precauciones; así, pues, estaos quieto.

Mientras el falso ladrón me ayudaba á levantarme, el carcelero tomó la palabra.

—Señores, dijo, estoy en vuestro poder, y por tanto me someto á la fuerza, pero que el doctor decida. Doctor, ¿no creéis que hareis mejor en permanecer aquí hasta que seáis legalmente declarado libre por el tribunal Supremo? Al huir así, os esponéis á que necesariamente os prendan.

—Señor Brocon, le respondí, yo he sido robado sin razon de mi país, y creo estar perfectamente en mi derecho recobrando mi libertad como puedo hacerlo. En cuanto al tribunal Supremo, debo decir que no confío en ningun tribunal del Missouri. Por otra parte, mis papeles no llegarían jamás á él. Voy, pues, á partir con mis amigos, aunque me esponga á ser cogido nuevamente.

Yo estaba pronto: estreché la mano del carcelero dándole gracias por los cuidados y atenciones que le debia. Mis amigos le recordaron que la prision estaba cercada, y que se haria fuego sobre él ó sobre cualquiera que tratase de dar la voz de alarma ó de salir antes del día. Como los demás presos quisieran seguirnos, mis amigos se opusieron formalmente, diciéndoles que ellos habian venido sólo á reparar una injusticia, y no á sustraer á las leyes á los que las habian violado.

Al pie de la escalera encontramos á M. Slayback, que, habiendo llegado demasiado tarde por el camino de hierro, venia á pedir al carcelero un asilo para pasar la noche. A ruego de M. Brocon, y para evitarle toda responsabilidad, mis amigos espusieron á M. Slayback lo ocurrido, y le suplicaron dijera que el carcelero no habia hecho otra cosa que ceder á la fuerza.

Al salir de la cárcel, encontramos á otros amigos que nos esperaban. Yo me desmayé de debilidad, y dos de mis compañeros tuvieron que llevarme sosteniéndome por los brazos. Mucho trabajo nos costó dirigirnos en las tinieblas, pero al fin llegamos al río. Allí surgió otra dificultad; no podíamos encontrar nuestros barcos. Sin embargo, habiéndose acercado á nosotros dos hombres de la policía con grandes lanternas, vimos lo que buscábamos, y nos apresuramos

á embarcarnos, encargándose unos de los remos y otros de vaciar con los sombreros el agua que llenaba los buques.

»Por fin, llegamos á la orilla del Kansas. Me hicieron subir á un furgon cubierto, y se dispararon dos tiros de pistola para anunciar nuestro triunfo á los amigos que se habian quedado de vigilantes en torno de la prision. Yo partí en seguida con mis libertadores, que eran diez, los unos á pie y los otros á caballo. Hasta que hubimos andado veinte millas no nos detuvimos; entonces nos desayunamos, y nuestro huésped nos condujo en seguida con su propio tiro de caballerías á doce millas mas lejos. Durante todo el camino, salió una porcion de gente á felicitarnos, lo cual indicaba que todos habian tenido conocimiento de esta expedicion.

»Por la mañana, algunos missourianos nos habian seguido de lejos, pero sin molestarnos ni asustarnos. Mis diez compañeros bastaban para tenerlos á raya; además, otros amigos se habian emboscado en diversos puntos, y nos hubieran ayudado en caso de necesidad. Sin embargo, para evitar cualquier percance, cuatro de mis libertadores se separaron del grupo á eso de las tres de la tarde, y ahuyentaron á los missourianos, que no volvieron á presentarse á la vista.

»En esta primera jornada viajamos hasta media noche. Al día siguiente, lunes, á las cinco de la tarde, habíamos recorrido noventa millas, y llegábamos á Lawrence, la ciudad del refugio.

»Una triple salva de artillería celebró nuestra vuelta, y mis diez valerosos libertadores, acogidos por entusiastas aclamaciones, recibieron los parabienes que merecía el éxito de su arriesgada empresa. Gracias á su valor y á su perseverancia, yo he sido devuelto al país que tanto amo, á mi familia, á mis amigos y á la libertad.»

DOCTOR JOHN DOY.

HIIGIENE DEL MATRIMONIO

6

EL LIBRO DE LOS CASADOS.

CEREMONIAS NUPCIALES.

(Véase el número anterior.)

HUNGRIA.

En Hungría, los mozos casi nunca se casan jóvenes, es decir, antes de cumplir los veinticinco años, y pasan tres, cuatro, y hasta cinco, cortejando á la jóven que aman. Cuando han adquirido un *bunda* (gaban forrado de pieles), y la futura posee un *kodmon* (saya de bastante costo), mas el ajuar competente, inclusa la cama, principian las formalidades del ceremonial de la boda. El cambio de anillos se hace por medio de un *kiro* (procurador ó apoderado) que nombra el novio, y á quien da igualmente el encargo de pedir la mano de la jóven.

Aun cuando los padres de esta hayan consentido ya tácitamente en el matrimonio, es de rigor disimular su complacencia, y pedir tres dias de plazo para reflexionarlo. Llegado por fin el momento decisivo, se reúne toda la familia, y en presencia del futuro y de su *kiro* ó ministro plenipotenciario, se otorga el consentimiento paterno en los términos mas solemnes. La desposada se despide entonces de cada uno de los individuos de su familia, y, seguida de una numerosa comitiva de parientes, se traslada á su nueva morada, donde es recibida por los padres del novio. Una espléndida comida es el natural complemento de estos preliminares, á los cuales sigue inmediatamente la boda.

En algunos pueblos es costumbre que el *kiro* y el novio se presenten en carruaje, la víspera de la boda, en casa del suegro, para recibir y llevarse la dote, que regularmente consiste en un cofre pintado, la cama y el equipo correspondiente de ropa.

El día siguiente, y á eso de las diez de la mañana, los amigos del mozo van á buscar la novia á la casa paterna, y la conducen á la iglesia con su futuro, en medio de alegres y estrepitosas aclamaciones.

Despues que los novios reciben la bendicion, la ya casada es acompañada otra vez á su morada por las dos familias y sus amigos. Durante aquel acto, cualquiera diria que el pueblo va á ser asaltado, al oír los frenéticos gritos de la comitiva, interpolados con las descargas de todas las armas de fuego que se hallan á mano.

La casa nupcial debe hallarse cerrada, á fin de que la turba pueda poco menos que hundir la puerta á pedradas, en señal de que se ha concluido la ceremonia religiosa. Entonces sale el esposo, recibe á los convidados y les franquea la casa, donde la prevision de los padres lo tiene todo dispuesto para obsequiarlos debidamente.

En la habitacion principal, que por lo regular da á la calle, y cuyas exiguas dimensiones son insuficientes para contener á la muchedumbre que la invade, se halla una mesa suntuosa, cubierta de manjares, y

resplandeciendo con la mantelería mas fina que posee la casa y con la vajilla mas lujosamente pintada. El tamaño de dicha mesa es bueno cuando mas para contener desahogadamente unas diez personas, y sin embargo se agolpan á ella hasta ochenta y cien convidados!... No importa; aun cuando están un poco estrechos, eso no impide el que coman á mas y mejor. Los héroes de la fiesta y los parientes mas cercanos ocupan el sitio de honor; los demás se rebullen, van y vienen, y se colocan del mejor modo que pueden. Llega por fin el momento de dar principio á la tarea gastronómica, y entonces se presenta con la mayor gravedad el *kiro*: agarra entre sus manos una inmensa sopera, y despues de aspirar con profundo recogimiento los vapores que se exhalan del potaje que contiene aquella, la vuelve á colocar sobre la mesa. Inclínase profundamente, y rompe el silencio que hasta allí ha reinado pronunciando las siguientes palabras sacramentales:

«¡Día feliz y dichoso! Y vosotros, los que formais esta reunion, escuchad, porque voy á daros una buena noticia; sí, muy buena! Mirad á esa jóven hermosa; miradla bien, y decid si en vuestra vida habeis visto una cosa semejante. Y ¿no sabeis por qué? ¡Pues es porque su pura frente ya no se halla cubierta por la *parta*!» (La *parta* es una cofia, ó especie de tocado, que llevan las jóvenes hasta el día en que se casan.)

Concluida esta alocucion, se reparte la sopa, despues de la cual se sirven con profusion las legumbres, la *sauerkraut* (col fermentada, ó curtida en vinagre, vino ó aguardiente, etc.), aves asadas, miel y vino. Detrás de la comida, como es de suponer, sigue el baile, el cual dura hasta el amanecer del día siguiente, hora en que todos se retiran á sus casas.

(Se continuará.)

P. F. MONLAU.

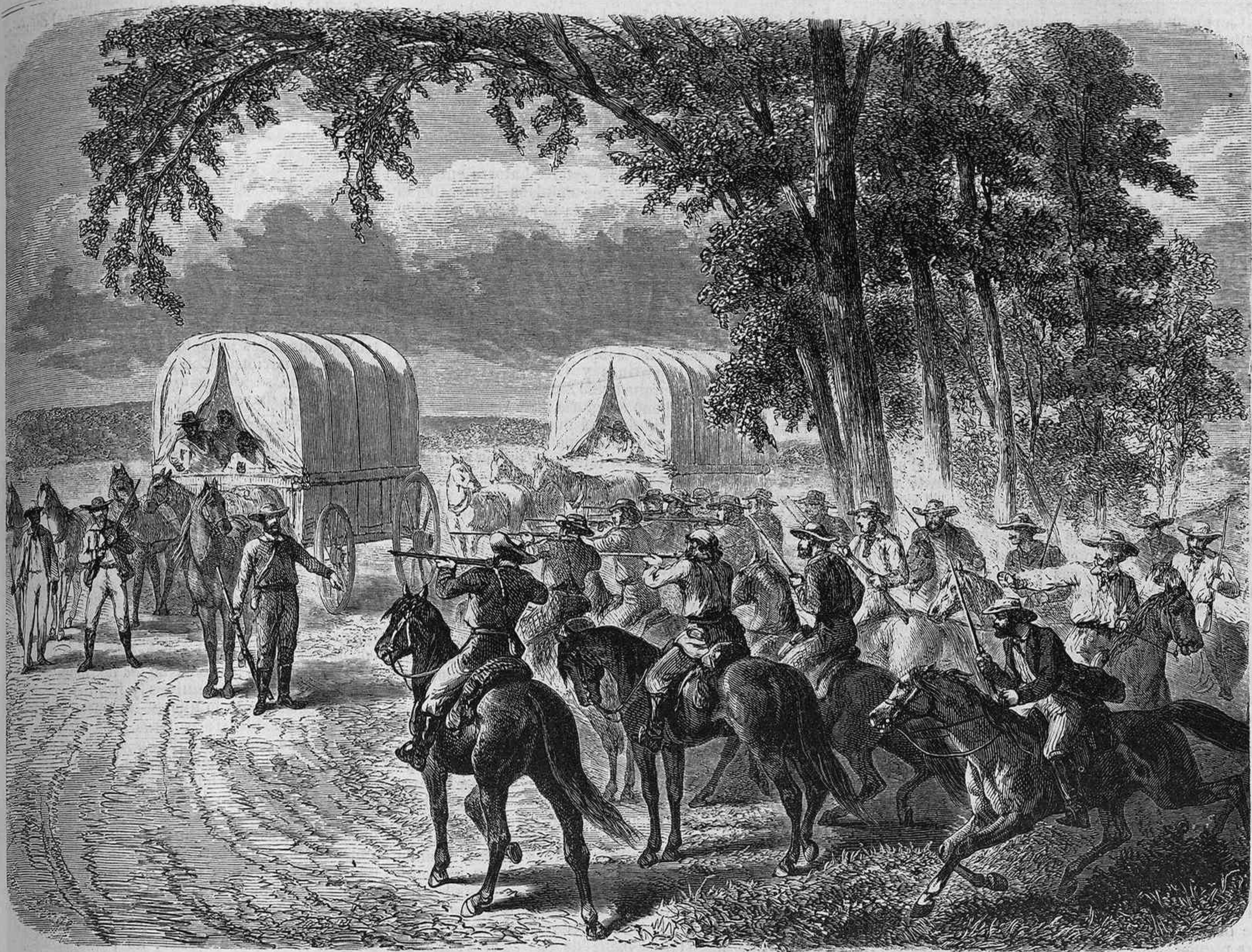
APUNTES CRITICOS Y BIOGRAFICOS.

DON JULIAN ROMEA.

Ya han pasado algunos años desde que tuve la satisfaccion, al mismo tiempo que la honra, de escribir para los lectores habituales de EL MUSEO UNIVERSAL la biografía y el juicio crítico de doña Matilde Diez. Hoy me toca hacer lo propio respecto de don Julian Romea, del compañero en las glorias de aquella inspirada artista durante los primeros años de la carrera de ambos. Grato deber entonces el mio, supuesto que Matilde Diez aun habia de recoger nuevos laureles sobre la escena; triste y doloroso el de hoy, porque Julian Romea ya no escuchará mas los aplausos de sus contemporáneos, como, en la perspicuidad de la otra vida no pueda el alma recoger de esta baja tierra que transitoriamente habitamos, las alabanzas del entendimiento convertidas en poesia, y el dolor del corazón trocado en lágrimas.

Porque hoy ha sucedido con Romea lo que siempre acontece con todos los grandes hombres: el sentimiento que ha causado su muerte real, su muerte física, ha venido á despertar un sentimiento amortiguado ó dormido en el alma de la multitud: el de la muerte artística de Romea. Cuatro años hace que el primero de nuestros actores contemporáneos comenzó á padecer la cruel enfermedad que le ha llevado al sepulcro, y desde entonces se le consideró perdido para la escena; dos años no mas han pasado desde que le vimos por última vez aparecer en las tablas del teatro del Príncipe, templo de sus mayores pasadas glorias, y sin embargo, aun parecia que su aliento llenaba los ámbitos del coliseo cuando veíamos corrida la cortina, detrás de la que tantas veces invocó Romea la inspiracion triunfadora; aun, cuando leíamos su nombre universal al frente de las listas de una compañía dramática, parecíanos que un milagro de la Providencia divina ó un prodigio de la ciencia de los hombres nos le habia de devolver un día cualquiera para que su robusta mano levantase nuevamente de la postracion y abatimiento la escena española, que se arrastra y desfallece, como él desfallecia por la inclemencia del mal; aun vimos, al comenzar la temporada cómica del pasado invierno, la creacion de un personaje histórico que le estaba destinada por el poeta Antonio Hurtado, en su loa *Las gradas de San Felipe*, y el sillón sobre que hubiera recitado los lindos versos de la obra, si la crudeza de la enfermedad no se lo hubiese impedido. Todo nos recordaba ayer á Romea, y todo nos daba esperanzas nuevas de verle y admirarle otra vez mas: hoy todo nos recuerda que ha muerto, y que con él ha terminado el periodo brillante del arte dramático español y contemporáneo, periodo que iniciaron Isidoro Maiquez, maestro de Carlos Latorre, ó Carlos Latorre, maestro de Julian Romea.

Es inútil que nos hagamos ilusiones: el teatro, en su forma literaria, agoniza; pero en su representacion artística, ha muerto. Romea se le lleva al sepulcro. No son vanas declamaciones; no es exagerado pesimismo el que á todos dicta frases, al parecer mas sentimentales que exactas; por desdicha, son mas



ATAQUE DE LOS FURGONES DEL DOCTOR DOY, POR LOS ESCLAVISTAS.

mas espantosa tiranía y las ahuyente, como á las aves nocturnas, la aurora de la libertad? ¿Por qué Grecia es artista cuando es libre, y Roma cuando es esclava? ¿Por qué el siglo de oro de las artes y las letras españolas empieza cuando empieza la postracion política de España, muchos años despues de nuestras glorias, y al tiempo mismo en que toda grandeza acaba para nosotros? Controversia y duda. Cada escuela, cada preocupacion, cada interés opinarán de diverso modo cuando se trate de resolver todas aquellas cuestiones, que en realidad no son mas que una. Y lo mismo sucede en el caso concreto y especialísimo del actual indudable decaimiento del teatro, literaria y artísticamente considerado.

El hecho indudable, la consecuencia de premisas que yo ahora no quiero establecer, son que don Julian Romea, al morir, arrastra consigo los restos de una época fecunda y gloriosa, de que era última representación viva en las tablas del teatro español. Epoca que ilustraron, de una parte, García Gutierrez, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Hartzensch, Martinez de la Rosa, Saavedra, Molins, Vega, Escosura, qué sé yo cuántos mas poetas, que fueron y que son; de otra parte, aquella corona de artistas, de que fue rico y preciadísimo florón el que, no ha muchos dias, aun estaba entre nosotros, lleno de esperanzas todavía, pero herido por la mano de la muerte y sin fuerzas; con su inteligencia poderosa en actividad, pero atado y sujeto al carro miserable de la materia entorpecida, inerte, mas tenaz, mas potente

que la voluntad. Yo no quiero examinar ni discutir aquel teatro, sus bellezas, sus defectos, su unidad, ó su diversidad en las escuelas y los géneros: no quiero, ni puedo tampoco hacer la crítica de los que fueron intérpretes durante cerca de cuarenta años de las obras dramáticas que ha producido en su último renacimiento la Talía española: me basta con recordar que fue un período de gloria, un período de triunfos, y que, si todos los poetas que le llenaron con su talento y con sus creaciones no han muerto, si por fortuna viven muchos aun (y quiera Dios que podamos por largo tiempo decir lo mismo), la época de aquel

renacimiento pasó ya, y en lo que al arte se refiere es su losa mortuoria la losa de Romea.

Por desdicha para los presentes y los venideros, como por fortuna para él, habia tanto del génio en aquel artista, le era tan esclusiva su manera de representar, no la comedia urbana tan sólo, como se pretende por algunos, sino todo el teatro, en todos sus géneros conocidos, que no deja tras de sí Romea herederos. Podrá mañana un actor, al calor de la inspiracion, crear como él creaba, ser lo que era, ¿lo que era? no; algo de lo que fue Romea, pero no por haberlo aprendido en su escuela. La escuela de Romea estaba en el mundo para el conocimiento de la verdad; en sí mismo para el del sentimiento. Cada una de las obras dramáticas que representaba podia ser un estudio nuevo, pero todas habian costado al gran actor un sólo estudio. La verdad, la verdad, la verdad, siempre la verdad, fue la norma y regla fija que se trazó en la interpretacion de las obras dramáticas don Julian Romea; la verdad, que no es el realismo flaco y descarnado, seco y árido que en estos últimos años han pretendido, y aun pretenden, traernos de Francia algunos autores que desconocen por completo nuestras literarias tradiciones; la verdad artística, que tiene su puesto señalado en el templo de la belleza, y que no sacrifica absurdamente á lo real lo bueno, y que tampoco necesita idealizar para embellecer: Romea siempre embellecia, y sin embargo, siempre habia dicho y habia sentido la verdad.



CEREMONIAS NUPCIALES EN HUNGRIA.

Cierto que para ello es menester grandísimo talento, porque nada hay más difícil que el conocimiento de lo verdadero, y nada aparece á nuestros ojos más nublado y oscuro que la realidad; pero Romea poseía precisamente, aunque yo creo que todos los talentos, en especial el de distinguir á la primera ojeada, lo falso de lo verdadero, y el de apropiarse la verdad; aun más: el de presentarla, ya he dicho que embellecida, á los ojos del mundo. Presentaba Romea lo que no sentía; y este gran talento indicativo alcanzaba en él fuerza tal, que le hemos visto en ocasiones conaturalizarse, absorberse ó resolverse en caracteres tan contradictorios del suyo propio, tan extraños á su idiosincrasia, que hubiera sido imposible reconocerle en su personalidad á los que no estaban acostumbrados á verle multiplicado y reproducido tan fácilmente en sugetos y en tipos humanos de índole diversa. Por aquella facultad de deducción, que le era esencial, Romea no copiaba los accidentes exteriores del personaje cuya imitación quería llevar á la escena; no sacaba de él una simple fotografía para enseñarla al público en muestra de habilidad, sino que, penetrando en el alma del tipo original, haciendo de ella el estudio psicológico necesario para conocerla bien, amoldábala á sus facultades, resumíala con su inteligencia y creaban de nuevo el sugeto á medias el arte y el genio del artista. En esto se diferencia la verdad del realismo: aquella, es siempre lo verosímil, descartado lo supérfluo por muy repugnante ó por extremadamente sencillo; éste, lo copia todo, aunque sin entenderlo en la mayor parte de las veces.

Las condiciones físicas y las prendas morales de Romea ayudaban perfectamente á aquella disposición de su talento y á las naturales inclinaciones de su conciencia artística. De estatura más que mediana, proporcionada en todas sus partes; de fisonomía audazmente espresiva; de voz simpática, dulce, agradable, que persuadía con fuerza irresistible; de francas y distinguidas maneras, y de sereno y magestuoso continente, Romea podía ennobecerse sin afectación, y fingir vileza en su persona, sin hacerla repulsiva. Desde el hombre de mundo hasta el zafio gallego, mayordomo de una casa no elevada; desde el primero de los Césares hasta el último de los obreros, todos los sugetos cómicos, dramáticos y trágicos cabían en las facultades personales de Romea.

Tenia la frente ancha y elevada; sobre los ojos, grandes, oscuros, movibles, llenos de espresion, arqueábanse las pobladas cejas, acentuando poderosamente la fisonomía, ya cuando las juntaba impulsadas por la ira, ya cuando las separaba con dulzura al influjo de mas blandos y tiernos afectos. La nariz de Romea era regular, sensuales los lábios y perfectos los contornos de la barba, que llevaba siempre afeitada como el bigote. Vestía con estremada elegancia; su paso era firme y seguro en las tablas, aunque su andar un tanto descuidado fuera de ellas.

Algunos le suponían pródigo como un disoluto, porque fue generoso como un rey: condiciones de los caracteres semejantes al de Romea, que nadie pueda de ellos asegurar en dónde acaba lo generoso y en donde lo pródigo comienza: habia nacido aquel hombre para reinar en alguna parte; reinaba en el teatro, y tenia arranques de soberano. Todo noble y levantado sentimiento se albergaba en su corazón, y poseía también al mismo tiempo todos los defectos, todas las pasiones de los hombres superiores. La desgracia agena le arrancaba lágrimas, y á su lado, según decimos vulgarmente, no habia pobres; en tanto que él mismo se arruinaba y contraía deudas, ó por arriesgadas empresas, ó simplemente por caprichos, la mayor parte de las veces porque tuviesen pan los que vivían á su sombra y bajo su amparo. Amaba todo lo que era honrado; despreciaba todo lo que era miserable y bajo; pero, aunque á veces su buen humor y natural alegría le arrastrasen á decir algún ligero epigrama contra sus envidiosos, que los tenía, ó contra los impotentes que pugnaban en vano por llegar hasta él, no se pudo nunca sospechar que odiase ni aun á los que le habian sido ingratos, destruyéndole quizá y royéndole el pecho. En los últimos años de su vida parecia como que su espíritu necesitaba acercarse á todo lo que en la juventud habia querido; porque Romea, para quien fueron pocos siempre todos los gozes de la existencia, que todos los apuraba con pasión y con delirio, fue siempre tal vez muy desgraciado; echamos un velo sobre las desventuras de Romea, y sobre la culpa de esas mismas desventuras, que estaba en sí, que residía seguramente dentro de su propio ser, de su carácter propio.

Nació don Julian Romea en Aldea de San Juan, pueblecillo de la provincia de Murcia, á 13 de febrero de 1816; sus padres, don Mariano Romea y doña Ignacia de Yanguas, pertenecían á distinguidas y nobles familias, y tenían en cierto modo la preocupacion del nacimiento, esa virtud de las castas, que como todas las virtudes, si se exagera y ensorberce, nos hace caer en el extremo contrario, en el pecado del orgullo y de la vanidad. Desde muy niño aprendió Romea á sufrir: las desgracias de los suyos le persiguieron casi desde la cuna, porque sus padres vieron rápidamente menguarse la fortuna y al cabo desaparecer. En Ma-

drid empezó sus estudios el que despues habia de ser maestro; pero ni aun pudo llegar á la mitad de la carrera de leyes que emprendió: los recursos de la familia se agotaban, y el hijo de un Romea y de una Yanguas hubiérase visto acaso víctima de esa pobreza hidalga, mil veces más dolorosa y ruda que la miseria del mendigo, si la inspiracion de su inteligencia no le hubiera de antemano trazado un sendero de glorioso porvenir.

Allí estaba el teatro; allí estaba Latorre entonces ya conquistando triunfos que emulaba Romea; en el colegio donde pasó los dias de la infancia, y luego en las tablas de liceos particulares, el futuro artista habia ya demostrado notables condiciones de actor: abriábase no pequeños horizontes á los que, dotados de verdaderas disposiciones para el arte de la escena, quisieran abrazarle con decision y con bríos; bullían por aquellos dias, aunque revueltos en el mar de las confusiones políticas, los poetas que habian de levantar el teatro moderno sobre las clasicistas y frias concepciones de Moratines y Gorostizas; agitábase latente el espíritu en que bebió sus inspiraciones la brillante pléyade que llenó de gloria literaria las dos primeras décadas que siguieron á nuestra revolucion política. El teatro era, por consiguiente, puerto de refugio para un hombre de los talentos y de las facultades de Romea: venció las preocupaciones de sus padres, las suyas propias, si es que alguna vez las tuvo, y lanzóse con afán, con entusiasmo, con amor apasionado á la carrera que habia de conducirle al templo de la fama y quizá al de la inmortalidad. Romea entró en el Conservatorio de María Cristina, como entonces se llamaba el que es hoy de Música y Declamacion. Latorre, ya lo he dicho, fue su maestro. Poco despues, aunque no sin luchar contra dificultades oficiales, Julian Romea era escriturado como galán joven en el teatro del Príncipe. Algun tiempo más adelante (26 de agosto de 1834) se levantaba el telon del viejo corral de Isabel Pacheco, y el público de Madrid juzgaba por vez primera á Romea en la representación de un poco notable drama en un sólo acto: *El testamento*. Seis dias más tarde Romea era ya célebre y popular en toda la corte y lo iba á ser en toda España. Andando el tiempo, lo seria en Europa entera.

Por aquellos dias, poco más ó menos, levantábase en Sevilla otro astro de la escena española: Matilde Diez, que á la edad de quince años habia cautivado ya á su auditorio en *La huérfana de Bruselas*: cuando Matilde vino á la corte, aquellos dos genios se completaron, y los que sobre las tablas eran todas las noches aplaudidos con frenesí en *Clotilde* y en *La Huérfana* contrajeron un matrimonio de amor, (1836), sobre que más tarde habia de pasar el viento de la desgracia. No existía entonces en Madrid una sola persona que no siguiera con tierno y cariñoso interés la carrera de triunfos y venturas de Matilde y Julian; y muchas veces arrancaban lágrimas los dos jóvenes esposos, mas por el sentimiento de afecto que ellos mismos inspiraban que por el sentimiento patético de la obra que en ejecucion tenían.

Para un artista no hay mejor biografía que la narracion de sus victorias. Las de Romea son tantas cuantas fueron sus creaciones, ¿y quién puede seguirle al través de todas ellas? Cada obra nueva que Romea puso en escena fue siempre una conquista nueva sobre el cariño que le dispensaba España. Recorrió casi todos los teatros principales de la Península; trabajó constantemente, algunas veces con la indolencia propia de los entendimientos superiores, pero en todas ocasiones con la conciencia de su valer y con el mas puro respeto al arte de que fue, muertos Latorre, Luna y Guzman, primer sacerdote. Le amaba tanto, que pocas veces quedaba satisfecho de sí mismo, aunque todo el mundo le aplaudiese sin medida. Esta misma circunstancia hacia que las palmadas y los vítores de los espectadores le conmoviesen profundamente. Cuando estrenó *Sullivan*, mientras era llamado una y veinte veces á la escena por el público delirante, Romea murmuraba sollozando de alegría:

—¡Ya lo haré mejor; ya lo haré mejor!... ¡Si esta es la primera noche!...

Algunos años pasados, volvía al teatro, despues de una de las violentas acometidas de su postrera enfermedad. Representaba también *Sullivan*, y el público le interrumpía á cada momento con bravos y con aplausos. Romea entonces, casi llorando, como la otra vez, sólo decia lleno de fe y de entusiasmo:

—¡Si me dejasen hablar!...

Pero el público en estos últimos tiempos, ya no queria escucharle: se contentaba con verle.

Mucho aun tendria que decir de don Julian Romea; pero ya se ha prolongado sobradamente mi trabajo, y las condiciones de esta publicacion no consienten mas detalles sobre la vida del gran artista. Yo no sé si tendrá sucesores; por hoy sólo apunta una esperanza para el teatro: hasta que esta se convierta en realidad, el teatro permanecerá huérfano; mejor aun: la Talía española, por lo que hace á la representacion artística, ha muerto con don Julian Romea.

Este genio de la escena pasó á mejor vida, el lunes 10 de agosto de 1868, en la inmediata villa de Liches, á donde habia ido en busca de algun alivio á su

enfermedad. Guarda por ahora sus restos el cementerio de la sacramental de San Sebastian de esta corte. Descansen allí en paz. Dios haya concedido á Romea en el cielo tanta gloria como aquí en la tierra dejó conquistada!

FEDERICO VILLALVA.

VIAJEROS INGLESES

EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

No tuvieron esta suerte otros pueblos, que cuál más, cuál menos, salieron muy mal parados de las manos de esta raza trashumante. A los vicios de poca instrucción preparatoria y poco espacio para adquirirla en sus viajes, hay que agregar otro mayor, y es, que tales escursiones para los ingleses son mero triunfo de vanidad nacional. Con muy cortas escepciones, los viajeros que se dan á escribir libros, y forman por desgracia la mayoría, no pueden juzgar de un país sino por la analogía ó diferencia con el suyo; y notorio es que, en Inglaterra, las clases alta y media que han podido proporcionarse el recreo de los viajes, viven bien, á gusto, con sobra de comodidades y han creído siempre á su nacion modelo de perfecciones, sin querer abrir los ojos á los abusos y defectos que hoy, una prensa verdaderamente popular é independiente, está poniendo de manifiesto en todos los órdenes y esferas sociales, con escándalo del mundo civilizado. Naturalmente, donde intervienen obcecacion, vanidad y amor propio, el juicio está muy lejos de ser exacto y muy cerca de frisar en lo ridiculo. Los ingleses, tal vez sin intencion dañada, han sido los constantes difamadores del carácter de todos los pueblos del universo, lo cual no es de maravillar, porque tomando sus costumbres y hábitos por extremos de escelerencia, todo lo que no se ajusta á ellos es pésimo y censurable. Tarea larga seria ofrecer ejemplos de la insigne pedantería de los escritores de viajes en Inglaterra, al juzgar las diversas naciones del mundo; pero el lector puede imaginarse hasta qué punto puede llegar, considerando que para escribir bien sobre la materia ú objeto, al parecer, mas indiferente, se necesita especial estudio; mientras que el pedante viajero se alza á describir y detallar reinos é imperios que ha atravesado en veloz corrida, sin ningun previo conocimiento de ciencias, de historia, de razas, de moral, ni de política, y acaso sin talentos para razonar ni combinar ideas. Tal juicio de volanderos, fundado en observacion rápida, no puede menos de ser un tejido de errores vergonzosos, y mucho más si tienen la necia presuncion de lanzar censuras á diestro y siniestro, como acontece de ordinario.

Una de las naciones mas maltratadas ha sido sin duda la española. A principios de este siglo era muy poca ó ninguna la comunicacion reciproca personal de españoles con ingleses y de estos con españoles, hallándose ambos pueblos en casi completa ignorancia de sus respectivos hábitos, costumbres, genio y temperamentos. Lo poco que personas ilustradas sabian, era mucho para mantener mútua antipatia. Por lo menos, de España, lo que entendían los ingleses era, que hacia el extremo meridional de Europa existía una península, en uno de cuyos puertos dominaban, y por el cual introducían de contrabando sus manufacturas: que la inquisicion era el primer poder político, y que los frailes mantenían la supersticion del pueblo, como Sancho, enemigo mortal de los judíos; y si acaso á mas llegaba su conocimiento era á saber lo dificultoso del viajar por sus caminos, comer en sus posadas, y guardar su bolsa de los innumerables bandidos que vagaban por sus ásperas montañas y despoblados llanos. Sólo por razon de negocios se atrevían algunos á abordar en la península, y así es que los primeros autores de libros de viajes que dieron particular noticia de lo que habian visto, fueron comerciantes, como Semple, Jacob, y otros menos notables, aunque todos se resienten del vicio común á los que les subsiguieron, que es pretender juzgar de los españoles por accidentes y casos particulares que les avenían durante una breve estancia. Si á dicha á les avenían durante una breve estancia. Si á dicha á uno de estos viajeros acontecia lo que al alemán Fischer, que quiso continuar la obra de Bourgoing, y viajó por *arobas* en un seron, haciendo siempre en una partida de bacalao, y pasó las noches siempre en lugares y tomó como don Quijote á las rameras cada dama, ó bien como á Semple, que á dos pacíficos cazadores tomó por bandoleros, claro es que la pintura no podia sernos muy favorable. El inglés, cuando no se siente satisfecho y *comfortable*, es la peor autoridad para emitir un juicio. Por el contrario, cuando siente bien nutrida su vanidad y su cuerpo, es como aquel compatriota británico que despues de una opípara comida, exclamó: «Me siento como si fuera capaz de fundar un establecimiento de beneficencia.» Estos son fenómenos del amor propio, muy propios de la especie humana y en particular de los ingleses, que no tienen pequeña dosis. Por esto se dijo: cada cual habla de la feria como le va en ella. Así como parece

mente ante el punto central del disco solar, se verá desde luego cerca de Gondar (Abisinia, Africa) á las cinco y cincuenta y tres minutos de la mañana. El eclipse central se verificará al medio día en el golfo de Siam al Oeste de Camboche. Por último, el eclipse central se verá en un punto del mar de Coral, aproximadamente entre las islas de Salomon y la Nueva Caledonia, á las cinco y cuarenta y ocho minutos de la tarde. El fin del eclipse se verá en la isla de Farghuar (mar de Coral) á las cinco y cuarenta y nueve minutos de la tarde.

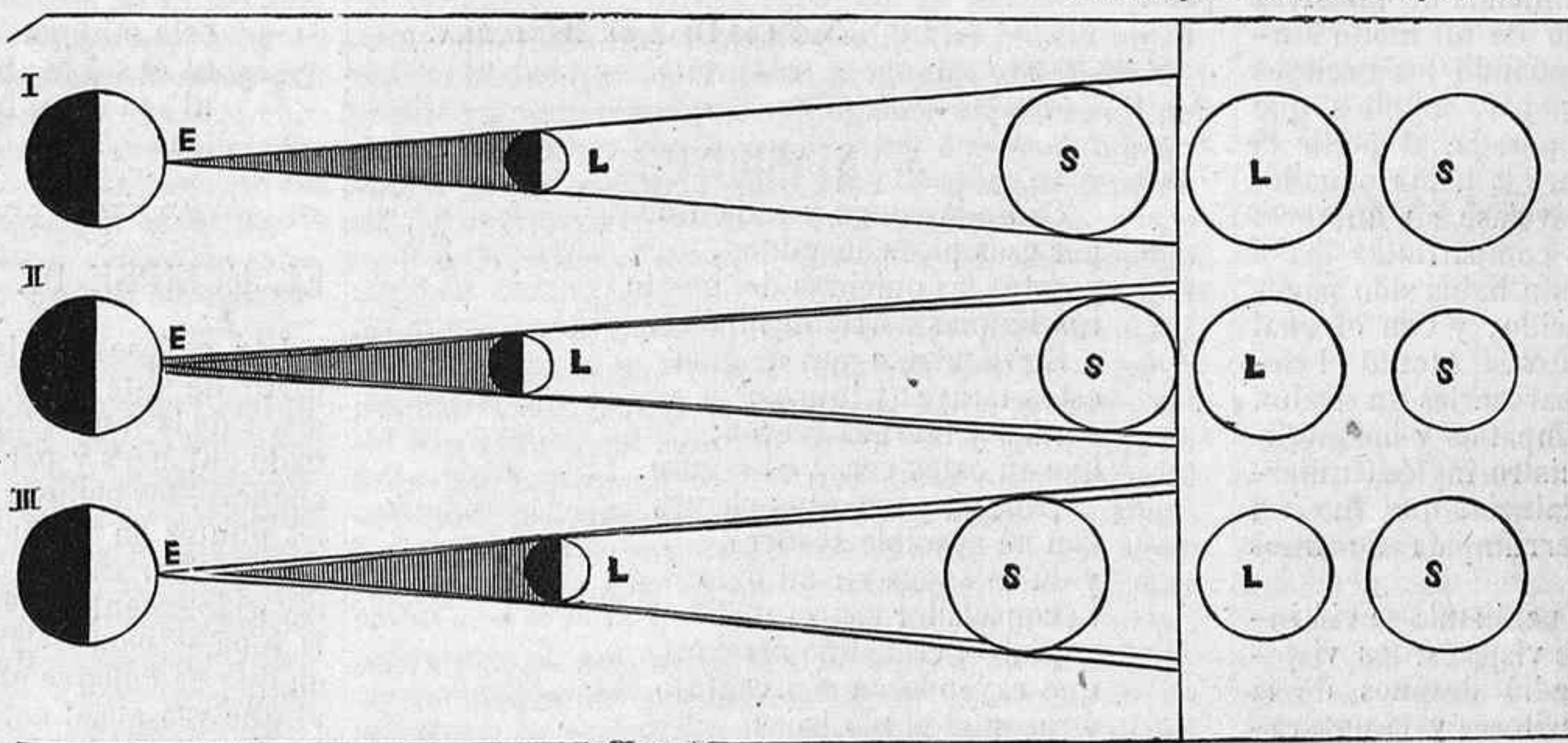
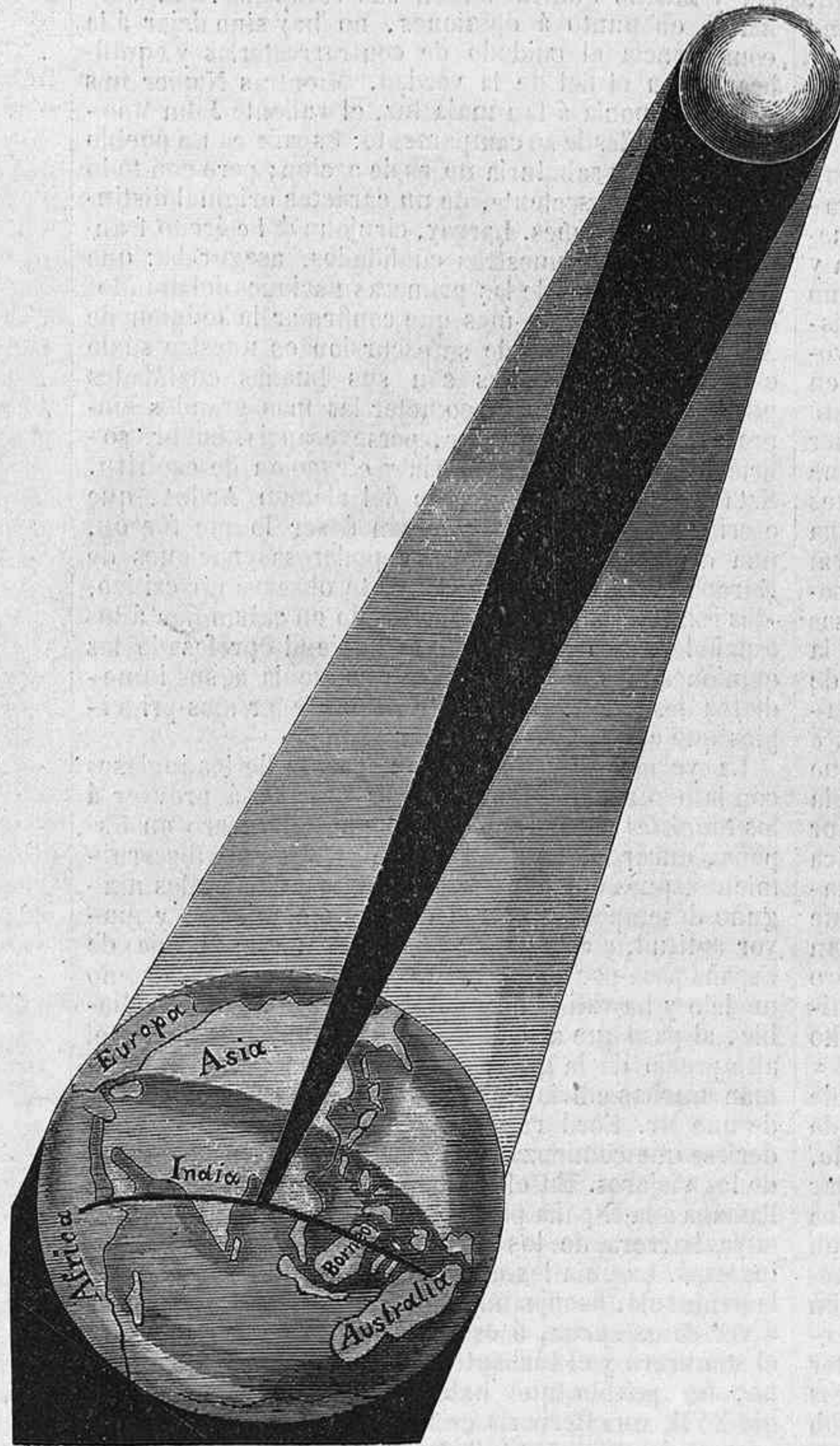
La línea de unas treinta millas de ancho en que se puede ver el eclipse total, empieza en el lago Guir (Donga, Africa), va al Sur de Obeid, por Kordofan, á lo largo de la costa del Sur de la Arabia hasta Kes chin en el Golfo arábigo; de allí se extiende hácia el Sudeste, toca por Goa la tierra firme de la India anterior, continúa en dirección de Bidschapur, Golconda, Hyder Abad y Guntur y llega cerca de Masulipatam al golfo de Bengala; corta cerca de Margui el istmo de Tenasserim (India posterior), toca el cabo Cambodge y se dirige despues hácia el Sudeste por Borneo, las Celebes, las islas de Banda, por el estrecho de Torres al cabo York en el mar de Coral.

El espacio del globo en que puede observarse este eclipse, forma una línea que pasa por los puntos siguientes: Porta Trajana (Turquía), Varna (á orillas del Mar Negro), Balaklava, Anapa, Astrakhan, las estepas de los Kirghises, Berkul (China), Peking, KiuSiu, islas de Bonin, islas de Radaek (límite septentrional), islas Fiji (límite oriental), Hobart-town, Cabo Leeuwin, Rodriguez, Tamatava (Madagascar), Sofala (límite meridional), montes de la Luna en Africa Wara, Bengazi, Corfú y Porta Trajana por el límite occidental.

Los eclipses parciales de sol, que por lo regular suceden con tanta frecuencia que se calcula que en diez y ocho años viene á haber unos cuarenta, no sirven mucho para el adelantamiento de la ciencia; mas importantes son los eclipses totales. Estos se presentan por el contrario, pocas veces, y tienen siempre una duración sólo de algunos minutos para cada lugar de observación. Por término medio se calcula que pasan doscientos años entre cada dos eclipses totales de sol visibles en un sólo y mismo punto, y en el siglo actual no habrá ya, fuera del de este año, mas que uno en 1870,

que será visible en las Azores, en el mediodía de España, Argel, Sicilia y Turquía; otro en 1887, que será visible en la Alemania septentrional, en la Rusia meridional y en el centro del Asia, y otro en 1896 visible en Groenlandia, Laponia y Siberia. En 1900, habrá otro tambien total que se verá en la América septentrional, España y Egipto. El eclipse del 18 de este mes se distinguirá por su mucha duración en algunos de los puntos de observación; en el golfo de Siam, por ejemplo, el eclipse total durará seis minutos y cuarenta y cinco segundos. Sólo los eclipses de sol del año 585 antes de la venida de Jesucristo y 1463 despues de ella, pueden compararse á este por duración. Por regla general, la duración mayor de un eclipse para cualquier punto en que se observe, es de siete minutos y cuarenta y cinco segundos; pero es necesario que para un período tan largo concurren todas las circunstancias favorables.

El fenómeno de la totalidad y del espacio de su duración, dependen de las distancias del sol, de la luna y de la tierra. La distancia que separa al sol de la tierra, que viene á ser de unos veinte millones y algunos millares de leguas, es la causa que produce el tamaño del diámetro aparente del sol, que viene á ser de treinta y uno á treinta y dos minutos y medio. La distancia que separa á la luna de la tierra, que se considera de cuarenta y nueve á cincuenta y cuatro mil leguas, es la causa que produce el tamaño del diámetro aparente del sol, que viene á ser de treinta y uno á treinta y dos minutos y medio. La distancia que separa á la luna de la tierra, que se considera de cuarenta y nueve á cincuenta y cuatro mil leguas, es la causa que produce el tamaño del diámetro aparente de la luna, que se calcula que tiene de veinti-



VISTA DEL ECLIPSE DE SOL DEL 18 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO.

nueve á treinta y tres minutos y medio. La distancia que separa á la luna del sol produce la longitud de la sombra de la luna nueva, de la parte central del globo lunar que se cuenta ser de cuarenta á cincuenta y un mil quinientas leguas. De aquí resultan en los eclipses centrales de sol los fenómenos siguientes: el extremo de la sombra de la luna llega hasta la superficie de la tierra (Fig. 2, I), y produce un eclipse total de sol que no es mas que momentáneo; la sombra de la luna llega mas allá de la superficie de la tierra (Fig. 2, II) y produce un eclipse total de sol ya de alguna duración; la sombra de la luna no llega á la superficie de la tierra (Fig. 2, III) y produce un eclipse solar en forma de anillo. En el eclipse del día 18 del corriente tendrá lugar el segundo de los tres casos que hemos citado; la longitud de la sombra de la luna es de cincuenta mil ochocientos sesenta leguas y la luna se halla á la distancia de cuarenta y nueve mil leguas del punto central de la tierra; el diámetro de la luna parece de treinta y tres minutos y veinte y nueve segundos; el diámetro del sol, de treinta y un minutos y cuarenta segundos.

comprender con una mirada la constitución del sol. En el concepto astronómico se examinará, al lado de las acostumbradas determinaciones de tiempo y lugar, el planeta errante probablemente entre Mercurio y el Sol y que ha recibido el nombre de Vulcano. Tambien se observará la influencia que ejerce un eclipse total de sol en el reino animal y vegetal y los sentimientos que se producen en el alma humana, como asimismo las ideas que hace nacer una oscuridad que no se puede llamar noche ni crepúsculo, que se vé acercarse y progresar, cuyos límites se conocen, y durante la cual se ven en la lejanía los montes, los bosques, los campos y las ciudades alumbrados por la clara luz del sol.

Agosto 10 de 1868.

M.
DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, 4.

Los puntos mas á propósito para observar con buen éxito este eclipse, son la costa oriental de la India anterior y Tenasserim en el golfo de Siam. Un gran número de astrónomos de diferentes observatorios trabajarán mancomunadamente y de un modo sistemático para aprovechar por medio de la división de las operaciones, en todas partes con arreglo á un plan determinado, esta rara ocasión que se presenta de poder adelantar la ciencia.

El objeto de la observación es en parte astronómico y en parte físico. La constitución y estado del sol, su cuerpo, la parte que lo cubre, las manchas, la corona, las protuberancias, su luz y su calor, su influencia en los fenómenos magnéticos y en las transformaciones químicas, serán los objetos principales de las investigaciones físicas.

El sol, que segun Anaximandro era fuego puro, segun Diógenes Laercio de hierro candente, segun Galileo una masa de fluido de fuego, segun Wilson un globo oscuro y firme rodeado de una cubierta de luz, segun Kirchhoff una masa de diferentes materias que se hallan candentes, segun Faye una reunión de materia cósmica en la que los gases se hallan á una temperatura muy elevada, el sol, decimos, atrae la atención general en los tiempos modernos. Se puede admitir con toda seguridad, que en el mismo globo solar, ó en la parte que le cubre, domina una temperatura extraordinariamente elevada. Con el aumento del calor, lo que está encarnado se vuelve blanco y lo blanco azul oscuro. El oscuro cuerpo solar está candente en el mas alto grado; los gases que se desprenden de él se refrescan en el espacio, y por lo tanto, su color se cambia en blanco y refrescándose mas aun, en encarnado; pero, ¿qué son las manchas de sol? ¿secreciones en forma de nubes sobre las llamas? ¿cavidades en la fotosfera? ¿escorias en forma de aludes en el fluido inflamado del océano solar? ¿Qué son las llamas del sol? ¿aglomeraciones de materia de luz? ¿modificaciones en el enfriamiento de los gases? La corona ¿existe físicamente, ó es sólo un efecto de óptica? ¿Es esta misma la que en la atmósfera oscura por sí del sol, despues que la luna ha cubierto por completo el claro solar, refleja los rayos del sol y los envía á la tierra y por lo tanto aparece como una aureola de gloria alrededor del disco solar oscurecido? ¿tiene acaso su origen en la órbita lunar ó en la atmósfera de la tierra? ¿Cuál es la esencia y en dónde está el origen de las protuberancias, de estas acumulaciones de llamas encarnadas, blancas y azuladas en la órbita del disco solar completamente oscurecido? A estas y otras preguntas semejantes se espera que se podrá dar una contestación satisfactoria con el resultado de las observaciones que se hagan en el eclipse total de sol.